

BOLIVAR POETA

Acaso el distintivo más característico de la grandeza de los hombres, es la variedad de las facultades que constituyen su genio. De esta variedad provienen principalmente sus más insignes cualidades, así como sus defectos; sus virtudes eximias y sus debilidades; porque de la combinación de facultades diversas, que todo lo abarcan, resultan de ordinario, tanto en la mente misma y en el temperamento como en el carácter, contrastes que, considerados desde un punto de vista, son armonías, y desde otro, son desinencias y aun contradicciones.

Si en los hombres ilustres que sólo brillan por el ingenio se nota casi constantemente la variedad de facultades eminentes y la tendencia de su espíritu y sus esfuerzos hacia la universalidad, más patente aún es tan admirable disposición en los hombres que, destinados a representar un papel sobresaliente en el drama de la política, nacen con fuertes instintos de dominación. Estos necesitan, para imponer su autoridad moral en el movimiento de las sociedades y dominar los acontecimientos, conocer a fondo— y no por experiencia, sino por instinto—, el corazón humano; y este conocimiento instintivo con que nace el genio político, es precisamente la mayor fuerza de quien lo posee, porque para guiar sus actos no necesita tanto del sa-

ber adquirido con el estudio, cuanto de aquella *visión* profunda y perspicaz que Dios concede a las almas dotadas de muy diversas y poderosas facultades.

No es menester que se haga minucioso estudio del tipo y de la vida del Libertador para advertir en su espíritu, su temperamento y su genio el rasgo característico indicado. En todos sus discursos y proclamas, manifiestos y escritos públicos, así como en su correspondencia privada, se hallan frecuentes y oportunas alusiones históricas, ya a los clásicos de la antigüedad, ya a los más grandes hombres de Estado, que ponen de manifiesto su inclinación admirativa de la historia y su íntimo anhelo de imitar, aun siendo siempre original y nuevo, las eminentes virtudes encomiadas por los Plutarcos y los Tácitos. La grande originalidad de Bolívar consistió en que él fue una incomparable combinación de *Caudillo Americano* y héroe griego y romano, con no pocas facultades napoleónicas.

Si su genio fue esencialmente militar, formado para las tempestades y vicisitudes de la lucha y el fragor de las batallas, no por eso alcanzó a ofuscar, en la gloria del triunfo ni en las amarguras de la derrota, al genio político que le acompañaba, que armonizaba con el del guerrero y le completaba. Ni el gran Capitán excluía la visión constante del hombre de Estado, ni éste perturbaba por un instante siquiera las atrevidas concepciones del caudillo militar.

Si en Bolívar parecían predominar constantemente el Jefe de vastas operaciones militares y el hombre de Estado o de gobierno, en todos los documentos oficiales y cartas que dictó —siempre

con asombrosa fecundidad, prontitud y diversidad—, sobresalieron al propio tiempo que aquellas dotes primordiales, las de un escritor de primer orden. Jamás le faltaron oportunos recursos para expresar grandes pensamientos, con una elocuencia que sabía aliar la propiedad de la dicción a la severidad de las ideas y la nobleza de las formas.

Era proverbial la facilidad que tenía el Libertador para apoderarse, al pedir informes a cualesquier subalternos, servidores públicos o ciudadanos, de la substancia de los hechos sociales y políticos que componían una situación; y no menos proverbial la prontitud con que, al informarse de los hechos, iba organizando el gobierno y la administración por dondequiera que pasaba.

Como orador ardiente y persuasivo, nadie ha superado a Bolívar en el Nuevo Mundo, y fue superior a todos los grandes hombres de su clase. Ni Jenofonte ni Alejandro, ni Aníbal ni César, ni Carlomagno ni Carlos v, ni Napoleón ni Washington, ni capitán alguno de los tiempos antiguos y modernos se dirigió jamás a sus ejércitos, o a los pueblos o a sus adversarios, en un lenguaje tan grandilocuente como el que Bolívar supo emplear en sus proclamas y discursos. El grande orador que había en él era tan natural y espontáneo como el gran escritor, ora hablase en los campamentos antes o después de las batallas, ora se dirigiese a los Congresos o a los pueblos, desde el solio presidencial: su lenguaje seducía, conmovía, arrebatava y comunicaba fuertemente el sentimiento de que él mismo estaba poseído.

Pero acaso la faz más simpática y seductiva del Libertador, era la que mostraba al revelar con entera espontaneidad la emoción poderosamente poética con que palpitaba su grande alma. Acaso el *poeta* era superior en él al *militar*, al hombre *político* y de Estado, y sus instintos poéticos eran el secreto de la elegancia de sus escritos y de su ardiente elocuencia de orador de las batallas.

Desde luego, todo en la vida juvenil y educación de Bolívar le predisponían a las altas inspiraciones de la poesía y todo en su persona tenía el sello de lo escultural y heroico. Su figura era de aquellas que nacen para ser vaciadas en bronce y todas las líneas de su severo rostro, iluminado por la luz interior que se difundía con la mirada, eran propias para la estatuaria que busca su inspiración en el mundo de los héroes.

La frente vasta, abombada, pensativa, protuberante en la alta región que da asiento a la imaginación, deprimida en las sienas, y con entradas anchas y profundas que invadían la parte central del cráneo; las cejas finas y fuertemente arqueadas; los ojos vivos, fulgurantes en sus hondas cuencas, dominadores y penetrantes como dardos; los pómulos salientes, en armonía con la barba y las quijadas vigorosamente delineadas; la nariz recta, delgada y de perfil enteramente griego; la boca fina, nerviosa, expresiva y de severas líneas; el cuello delgado y siempre erguido; todo en la cabeza y el rostro del Libertador denotaba el pensamiento levantado, la resolución, la fuerte voluntad y los caracteres propios de un alma nacida para la lucha, el peligro y el mando.

Pero también sus actitudes predilectas y los elementos de su vida tenían el sello de la eminente poesía. Con su apostura enteramente marcial, si montaba su bridón en las grandes paradas o en los campos de batalla, armonizaba su actitud escultural; si de pie, con la mirada levantada hacia el cielo o al solio, cruzaba los brazos hacia el pecho, o detrás de la espalda, cual si quisiera presentar el busto a la admiración de un estatuario.

Todo en su juventud debía predisponerle a la emoción poética. Las peñascosas cumbres del Avila, desde las cuales se alcanza a contemplar la solemne majestad del océano; el ameno valle del Guaire, que recibe de las faldas de la serranía las graciosas casas de Caracas, esparcidas como flores que se derraman de una canastilla; las elegantes plantaciones de cafetos y cacaoales de los valles de Aragua y del Tuy, sombreados por altas bóvedas de espeso follaje, formadas por cedros, anaucos y otros árboles gigantescos; las vastísimas llanuras y las revueltas serranías de Venezuela, donde todo es *oriental* por el aspecto, las razas humanas, los instintos, las costumbres, las tradiciones y las tendencias populares: todo en aquellas regiones de la luz, del viento y de las grandes ondas prepara las almas a desarrollarse y vivir agitadas por las fecundas emociones de la poesía.

Después de formarse su rica imaginación al calor de las patrias impresiones, Bolívar halla, para agitar y exaltar su sentimiento poético, nuevos incentivos a su casual viaje por México, país de grandiosa hermosura natural; en sus excursiones por Francia y Suiza, Italia y España, donde todo le sorprende y encanta; en su matrimonio, obra del pri-

mero y único amor, contraído a la edad de diez y ocho años, que en breve se torna en juvenil viudez; y en el prodigioso espectáculo de la Revolución Francesa y del Imperio napoleónico.

Nada más poético ni propio para exaltar la imaginación, que el ascencimiento fabuloso de aquel advenedizo de genio que, saliendo como una esfinge de la oscuridad de la Córcega, comienza por cañonear a la Gran Bretaña desde Tolón, poniendo de manifiesto su destreza de artillero, y sucesivamente pasa por Marengo y Arcola, conquista las pirámides de Egipto, hace el 18 de Brumario, se impone como el gobernante de Francia, emprende la guerra continental más atrevida, se ciñe la corona de César y Carlomagno, vence a poderosos monarcas en Austerlitz y Friedland, dicta la ley a casi todos los pueblos y los reyes, y pasea por toda la Europa la bandera tricolor de la revolución, exornada con las águilas imperiales de un nuevo cesarismo.

Bolívar, en todas sus situaciones críticas o solemnes, es poeta, y gran poeta: no conoce las reglas de la métrica, ni sabe ni pretende jamás componer una estrofa, pero sus actos son poemas. Su audaz expedición de los Cayos, es poesía del patriotismo que espera sacarlo todo de la nada. Su generosa retirada de Güiría, cediendo el campo a dos rivales que le son muy inferiores, tiene la sublime poesía de la abnegación y del sacrificio. Sus decretos que súbitamente suprimen la esclavitud de la raza etiópica, son poéticos arranques de filantropía revolucionaria. Su primer sitio de Angostura y su profética previsión en el conflicto de Casacoima, son la poesía de la agresión que inti-

mida y desconcierta, y de la visión lejana que todo lo abarca a través de inmensos y desconocidos horizontes. Su inspiración maravillosa de la campaña de 1819 sobre Cundinamarca, coronada con la eterna gloria de Boyacá, contiene toda la poesía del arrojo y de lo gigantesco en la concepción estratégica. Su idea del Congreso de Angostura, en medio de la lucha, para dar forma y apariencia o germen de vida a Colombia, es la poesía en el gobierno revolucionario, o la política vuelta gran poema. Su anhelo, concebido en el delta del Orinoco, en el momento más crítico posible, de escalar un día, como lo hizo siete años después, las cumbres de los Andes peruanos, arrollando todas las fuerzas de la metrópoli enemiga, es el colmo de lo titánico y formidable, ¡es la poesía de la guerra! Su salto heroico, tan innecesario como imprudentemente sublime, sobre la piedra saliente en el punto donde va a desplomarse nuestra catarata del Tequendama, es un poético desafío hecho al peligro, que parece decir al pavoroso abismo: "¡Soy tan colosal, que no temo tu fascinación; pero si yo sucumbiera aquí, tendría en tu grandeza tumba digna de mí, y a tu gloria, que es de la naturaleza, se añadiría la mía, que es de la humanidad!" Por último, su constante empeño en la formación y el mantenimiento de Colombia, es todo un poema; y su grandiosa idea del Congreso continental de Panamá, es la poesía aplicada a la diplomacia.

En todas las proclamas del Libertador brota a raudales la poesía, y su elocuencia tiene de ordinario la opulencia de las más valientes imágenes y el acento y brillo terrible de las tempestades. Su cabeza es como una fragua donde se forja a todas

horas el rayo de la revolución; su horizonte se confunde siempre con lo infinito del cielo de la gloria; y en su patriotismo todos los ímpetus son de soberana poesía, porque son de soberana grandeza.

Echase de ver que Bolívar se siente de talla excepcional; de la talla de un hombre-Chimborazo. ¡Quiere tener siempre tamaño y vida de coloso andino, identificando su humanidad con la naturaleza americana: la grandeza del Chimborazo, que asombra; la actividad volcánica del Cotopaxi, que aterriza; la fulguración del Tolima, que embelesa con su elegancia y limpidez; la fecundidad del Orinoco y del Magdalena; la prodigiosa variedad de los Andes, donde la vida y la hermosura brotan y rebosan a torrentes; y los robustos brazos del Istmo de Panamá, para extenderlos sobre ambos océanos y abarcar todo el Continente americano!

¡Y qué caudal de fe; de aquella fe profunda, inquebrantable que es siempre compañera de la inspiración poética! Su gran palabra de Pativilca —“¡Triunfar!”— es el poema de la esperanza indomable y de la confianza en la gloria. Hay no sé qué de sublime orientalismo poético en aquel regalo de un millón de pesos hecho a la ciudad de Caracas con la misma regia donación del Perú; y en todos los actos de desprendimiento del Libertador, hasta su muerte en la pobreza, se pone de manifiesto la poesía de la generosidad.

¿Por qué se detiene tanto en el Perú, sobre todo en Lima, donde, junto con el placer, se le prodigan el desengaño con la traición de unos, la ingratitud y la perfidia de otros? Porque allí, sobre las cordilleras, está la tradición del Imperio de los Incas y de las fabulosas conquistas de Pizarro y Al-

magro; porque allí, ciñendo una costa de arenales que componen la Siria de la América, se dilata el Océano Pacífico en toda su inmensidad esplendorosa; y porque allí está Lima con toda su seducción andaluza, con su clima deliciosamente enervante, sus encantos femeniles y su lujo cortesano, tan deslumbrador como gracioso. ¡Todo aquello es poesía que entusiasma y seduce, o embelesa y embriaga!

¿Por qué al acercarse el fin de la titánica jornada de veinte años, un verdadero siglo de luchas y de glorias, de grandeza y desengaños, el insigne patriota se detiene en los ardientes arenales de nuestras playas del Atlántico? ¡Ah! ¡Es porque allí le llega, sobre las sombrías alas del viento del infortunio nacional, un grito de muerte que anuncia la consumación del segundo de los grandes crímenes históricos! ¡Sucre ha sido sacrificado, y Bolívar, que le amaba como a hermano en grandeza, y amaba a Colombia con amor de poeta heroico y amor de padre, siente que al cavarse la solitaria fosa de Berruecos ha comenzado a derrumbarse el monumento edificado con la sangre y los huesos de la patria, desde la magnífica mañana de Araure hasta la mitológica tarde de Ayacucho!

¡Es también porque allí está Cartagena, la ciudad heroica y poética por excelencia, cuna de nuestra civilización colonial y sepulcro de inolvidables miles de patriotas! ¡Es porque allí rugen contra las rocas de los últimos escalones de los Andes, las ondas tumultuosas del océano que nos enlaza con el Viejo Mundo, y sobre todo con España! ¡Es, en fin, porque allí brillan delante del líquido, inmenso abismo, los lomos y las cúpulas de eterno

hielo con que la Sierra Nevada anuncia al otro Mundo la majestad del mundo americano!

¡Por eso el poeta-titán, como saludando en su propia agonía la cuna que le dio la Providencia, oculta allá, no lejos, detrás de los peñascos del Avila monumental, escoge sobre la arena del Manzanares el lugar de su tumba; y allí, cisne inmortal de la fábula de la gloria de un Continente, exhala en su testamento, que tiene la profunda poesía de la muerte, el último canto de su corazón —arpa de impercederas vibraciones—, que había concentrado en sus armonías toda la poesía de las más grandes almas!